Badajoz y el tráfico indiano en el siglo XVII: Apuntes socioeconómicos

Uno de los temas tratados con el mayor interés y generosa prolijidad por los estudiosos de la contribución española a la europeización de América durante el siglo XVII, es el que pretende valorar y cuantificar las remesas de oro y plata que entraron en la Península procedentes de los virreinos ultramarinos.

Los numerosos e interesantísimos trabajos publicados sobre este asunto se basan fundamentalmente en las noticias que proporcionan los memoriales e información redactados en la época, y en los datos más o menos objetivos que se extraen de los registros de armadas y averías, de los asientos de quinceo y ensayo, de la pasta amonedada en la ceca de Sevilla, de la riqueza estimada de los yacimientos indianos, del consumo de mercurio y sal en el beneficio de la galena, del número de trapiches montados para triturar los grazones, de la población asentada en los reales de mina, etc., etc.

Nosotros vamos a colaborar en este empeño utilizando como fuente de los ciento trece testimonios particulares (1) que hemos hallado tras revisión minuciosa de los 394 protocolos (2) que conserva el Archivo Histórico Provincial de Badajoz procedentes de los 54 escribanos que tuvieron oficina abierta en esa ciudad durante dicha centuria.

Para evitar la monotonía de la descripción pormenorizada de tal acopio de datos y, a la vez, para conseguir la necesaria cohesión estadística y facilitar la pertinencia deductiva de su lectura, hemos reducido los diferentes valores a reales de plata y sintetizado toda la información en los siguientes cuadros:

a) Monto de las partidas

1.221.312 reales
En lingotes de oro: 4.912 reales
En oro amonedado: 10.203 reales
En lingotes de plata: 33.000 reales
En plata amonedada: 1.173.197 reales

b) Desglose cronológico

PERIODO	CANTIDAD CONTABILIZADA	Nº DE REGISTROS
1601-1610	52.040 reales	4
1611-1620	238.123 reales	13
1621-1630	306.888 reales	24
1631-1640	120.954 reales	32
1641-1650	162.607 reales	21
1651-1660	125.560 reales	8
1661-1670	8.800 reales	3
1671-1680	202.340 reales	7
1681-1690	4.000 reales	1
1691-1700	sin datos	sin datos

c) Provincias de origen:

Virreinato de Nueva España	382.141 reales	18 partidas
Virreinato del Perú	718.811 reales	84 partidas
Sin especificar	120.360 reales	11 partidas

d) Relación toponímica de destino:

Albuquerque	16.084 reales	2 partidas
Arronches	480 reales	2 partidas
Badajoz	839.415 reales	91 partidas
Brozas	6.018 reales	1 partidas
Cáceres	194.560 reales	3 partidas
Elvas	20.669 reales	3 partidas
Fregenal de la Sierra	4.240 reales	2 partidas
Mérida	44.232 reales	1 partidas
Talavera la Real	3.214 reales	2 partidas
Valverde de Leganés	58.000 reales	2 partidas
Villanueva de Barcarrota	6.400 reales	2 partidas
Sin especificar	28.000 reales	2 partidas

La cifra de 1.221.312 reales anotada en el apartado a) es el total íntegro del capital expedido en América, pero esta cantidad no cuadra con el resultado que arrojan los sumandos del líquido que se libró en España. La cuota de avería o la contribución del indulto -impuestos "ad valorem" que gravaban todas las remesas (3)-, los descuentos por internada de las flotas, las comisiones de portes y de gestión y los gastos de escribanía por la formalización de las cartas de pago, mermaron considerablemente el efectivo de los libramientos. Las escrituras que hemos consultado apenas aportan datos de estas deducciones -de los 113 registros de referencia solo constan en 16 documentos, y no en cuantía fija sino en aranceles muy variables-, pero a partir de esas escasas precisiones hemos podido fijar el tipo medio de gravamen en el 6,1% (4), porcentaje muy aproximado al que señalaba doña Isabel de San Francisco en la carta de pago otorgada el 29 de noviembre de 1686: «Y aunque la cantidad que envió fueron trescientos pesos, del uno por ciento de la conducción y del cinco del indulto que se dio a Su Majestad en España, se sacaron diez y ocho pesos restantes para estos efectos, a cumplimiento de los dichos trescientos pesos» (5), y muy distante de lo que manifestaba el 28 de Noviembre de 1633 Juana Gómez: «haber recibido [...] ochenta y cinco pesos y seis reales más, todo en plata, de resto de los ciento y veinte pesos que en dicha ciudad de Lima le entregó [...] el dicho Alonso Gómez de Aldeavieja, su hijo [...]. y parece que los treinta y cuatro pesos y dos reales restantes a toda la dicha cantidad hubo de costa de ella, a razón de a veinte y ocho y medio por ciento» (6), pero que nos permite calcular, con todas las salvedades propias de una aproximación estimativa, el numerario que se libró en Badajoz por la realización de esas 113 partidas. Veamos: si a los mencionados 1.221.312 reales líquidos, le restamos los 7.360 que se giraron sin gastos y los 4.000 que fueron confiscados en Sevilla por descamino (7), queda como resto 1.209.952 cuyo 6,1% son 73.807 reales que, sustraídos a su vez de la cantidad porcentuada, da por resultado 1.136.145 de reales. Si a la cifra anterior le sumamos los 7.360 enviados sin gastos y los 1.334 que restituyó la Corona a Manuel Juárez tras la penalización del comiso (8), obtenemos 1.144.839 de reales nominativos que, poco más o menos, fue el dinero que tuvieron que percibir los beneficiarios.

Las operaciones anteriores se han realizado a partir de

consignaciones registradas, es decir, que habían sido controladas las remesas por la Casa de Contratación de Sevilla, pero es bien sabido que el fraude, la corrupción administrativa y el contrabando en el comercio indiano eran en el siglo XVII de tal entidad que se estima que aproximadamente en la segunda mitad de dicha centuria el cincuenta por ciento de los bienes de todo tipo introducidos en España era fraudulento, y que, extendiendo la hipótesis a todo el siglo en lo que se refiere a la plata, se sospecha que el 25% de ese metal salió de América sin los preceptivos controles. Si esto fuera así, y no hay motivos para dudar de ello, la cantidad anotada pudiera incrementarse en 305.328 reales, lo que elevaría el montante percibido a 1.450.167 reales, cálculo deducido de los testimonios notariales que hemos utilizado. Pero como no se conserva todo el fondo de protocolos del siglo XVII, pensamos en consecuencia que los caudales que efectivamente entraron en la ciudad debían ser mucho más cuantiosos.

Este mismo cuadro pone de manifiesto otra situación monetaria cual es la evidente desproporción de la naturaleza del metal utilizado en las remesas. Frente a 1.206.197 reales que se expidieron en plata (98,8%), son 15.115 los que se envían en oro (1,2%). Este desajuste no resulta ni sorprendente ni novedoso por ser manifestación de un hecho característico del siglo XVII. La remisión de oro a España, excepto en los primeros tiempos de la Conquista, fue siempre muy escasa. En ese siglo los placeres rentables ya habían sido lavados; las minas ricas en cuarzo aurífero -Tehuantepec, Oaxaca y Carabaya- habían consumido sus venas más generosas, y los yacimientos de Nueva Granada apenas se explotaban por el descenso de la mita y el poco capital que se invertía en mejorar el rendimiento de la amalgama. No resultaba rentable la extracción del oro cuando la plata era más abundante y más fácil de beneficiar. En dicha centuria casi todo el oro que circulaba en Nueva España, e incluso el que entraba en Sevilla, lo había transportado desde Asia el galeón de Acapulco. Esa es una de las causas que explica la distinta valoración bimetalica, y la otra que el oro amonedado que corría en América era insuficiente, pues hasta 1675 se batió en la Península (9) en acuñaciones muy cortas para evitar la descapitalización de la Real Hacienda.

En las agrupaciones decenales del cuadro b) se observa una irregularidad muy acusada en la cuantificación de los registros. Tratar de explicar

esa anomalía como reflejo de idéntico desfase en el corpus protocolado, sería una interpretación convincente si no la invalidara la relativa conformidad entre los elementos que contiene cada tramo. Esta circunstancia se evidencia en el siguiente resumen:

PERIODO	Nº ESCRIBANOS	Nº PROTOCOLOS
1601-1610	10	57
1611-1620	14	69
1621-1630	14	58
1631-1640	14	43
1641-1650	13	39
1651-1660	9	29
1661-1670	13	36
1671-1680	13	46
1681-1690	12	34
1691-1700	14	38

Visto lo anterior, los motivos, si los hay, que puedan provocar tal desacoplamiento tienen que ser otros. Por de pronto resulta incomprensible que entre 1601 y 1610 sean sólo cuatro las entradas, cuando los protocolos fechados en ese intervalo nos ofrecen 39 escrituras con noticias de indianos, lo que supone el 10% de los testimonios del período. Y decimos que es incomprensible si confrontamos la escasa relevancia de ese porcentaje con los índices obtenidos en las tres divisiones consecutivas: 19,4%, 25,8% y 34,5% respectivamente. Hasta ahora no hemos encontrado ninguna justificación pausable a esa disparidad, como tampoco al incremento de partidas (10) no se observa en esos cuarenta años: ni la situación demográfica de la ciudad ni los condicionamientos externos de tipo sociohistórico pueden fundamentarlo.

No sucede lo mismo con el palpable descenso de muestras que ocurre a partir de 1641. Este fenómeno pudiera achacarse a dos motivaciones constatadas: primero, al espaciamiento de arribadas de la Flota de Indias, a veces de hasta cuatro, e incluso excepcionalmente a partir de 1680; y segundo, al acusado despoblamiento de la ciudad que, como plaza de frontera, provocó la larga guerra contra Portugal (1640-1665). La primera alegación es cita obligada en todos los tratados sobre el comercio ultramarino en la época colonial, pero la segunda, por ser de ámbito local

y escasa difusión, merece puntualizarse con detalle, aunque aparentemente resulte una disgresión expletiva.

Es muy difícil precisar con exactitud la situación demográfica de la ciudad de Badajoz en el siglo XVII pues, a pesar de que disponemos de fuentes documentales que nos acercan bastante al conocimiento de su población en diez secuencias cronológicas relativamente cercanas, las relaciones son de tipo fiscal y, además, su tratamiento estadístico resultaría poco coherente por la distorsión de los intervalos. Los datos de referencia son: el estado comunal confeccionado en 1591 para establecer la contribución pagadera arroja la cifra de 2.805 vecinos.

El padrón de 1631 para proveer el estanco de la sal consta de 2.413 asientos (11). Esta cifra se incrementa a los 2.500 en informe que sobre el establecimiento de la Compañía de Jesús (12) emitió en 1633 don Alonso de Solís Manrique, alguacil mayor del Consistorio, y se mantiene idéntica en la contradicción que el regidor Pedro García eleva al Concejo en 1635 (13).

El listado de don Diego de Angulo, fiscal de la Chancillería de Granada y responsable en 1636 de la recaudación del donativo obligatorio a la Corona, contabiliza 2.400 vecinos (14). El recuento de 1638 para la cobranza del impuesto de la moneda forera tiene 2.007 registros (15), que el «Repartimiento para el consumo de la moneda de vellón» (16) de 1640 rebaja a 1.726 y el encabezamiento de alcabalas de 1646 a 1.243 (17). En una información elevada en 1690 al Conde de Montijo, Capitán General del Ejército de las Fronteras de Extremadura, el número de apuntes es de 1.700, y poco después, ya concluida la Guerra de Sucesión, en el "*Censo de Campoflorido*", la cantidad que se indica, referida al año de 1712, es la de 1467 vecinos.

Conviene puntualizar, aunque la observación resulte obvia, que todos esos marcadores precisan solamente unidades vecinales, y no los habitantes que de hecho tuviera el municipio en esos años. Para su conversión en moradores o almas, como entonces se decía, es preciso multiplicar los totales por 3,94 -factor de equivalencia (18) cuyo producto sería el número aproximado de personas domiciliadas. Estas operaciones quedan reflejadas en la siguiente tabla:

año	vecinos	habitantes
1591	2.805	11.051
1631	2.413	9.507
1633	2.500	9.850
1635	2.500	9.850
1636	2.400	9.456
1638	2.007	7.907
1640	1.726	6.800
1646	1.243	4.897
1690	1.700	6.698
1712	1.467	5.776

La simple observación de las cantidades anotadas en la columna de vecindad a partir de 1640, nos confirma el descenso de población que antes mencionábamos, y también la presunción de su equilibrio en la primera mitad del siglo XVII, circunstancia aducida como hipótesis en la anterior comparación de percentiles.

Del cuadro c) debemos indicar que los porcentajes obtenidos son muy próximos a los que se estiman como representativos del origen de los caudales indianos que entraron en España en el siglo XVII. Los historiadores especializados en macroeconomía asignan a los procedentes de Nueva España una incidencia del 30%, y a los de Tierra Firme el 70% restante. El 31,3% que hemos obtenido para el virreinato de Méjico coincide casi con el prototipo nacional, sin embargo el 58,9% calculado para la provincia del Perú no se adecúa evidentemente al modelo. Pero si incrementáramos esa cifra con el 9,8% del dinero cuya procedencia desconocemos, y que probablemente enviaron desde Tierra Firme, el índice ascendería entonces al 68,7%, centil muy parejo al que se fija en la distribución arquetípica.

Respecto al cuadro d) poco podemos comentar. Dada la procedencia del corpus investigado es lógico que el monto más significativo se adscriba a Badajoz y cantidades menores a otras localidades extremeñas. La presencia en la relación de dos poblaciones foráneas, Elvas y Arronches, no debe llamarnos la atención si tenemos presente que en esa centuria -y sin considerar la precaria unión política- las relaciones comerciales y familiares entre Badajoz y las villas portuguesas de su entorno fueron constantes y muy estrechas.

Es de sobra conocido los apuros económicos que, como mal endémico, constituyen uno de los rasgos específicos de los reinados de los últimos Austrias (19). Ni la presión fiscal, ni la venta de títulos y empleos, ni las exacciones irregulares, ni el oro y la plata americana, ni otros mil procedimientos recaudatorios consiguieron abastecer de numerario y dar liquidez a las exhaustas arcas de la Real Hacienda. Y también es conocido que en casos de agobios extremados el monarca requisaba bajo la aparente fórmula de préstamo reembolsable parte de los caudales privados que llegaban de Indias. De esta recaudación encubierta tenemos seis testimonios documentales fechados entre los años de 1620 y 1640, y que coinciden en data con intervenciones militares españolas en destacados acontecimientos bélicos europeos.

En 1620 los gastos que acarrea la participación española en la fase del Palatinado de la Guerra de los Treinta Años, obligaron a Felipe II a servirse de la octava parte, abonadas ya las costas de envío y averías, de toda la plata particular que se desembarcó ese año en Sevilla. A Diego Rodríguez Tristán le supuso 465 reales de los 500 pesos nominales que le mandó su hijo Martín desde Panamá (20).

En 1624 las onerosas campañas de Italia por la sucesión del Ducado de Mantua y la pacificación de Flandes, forzaron a Felipe IV a tomar a crédito un millón de ducados sobre la plata particular que entró en Sevilla en la flota del general don Tomás de Larrasporu. En esta ocasión detrajeron a Juan Gómez 536 reales de los 200 pesos de Juan Gómez Moya le había girado desde Lima (21), y a Catalina García Centeno 264 reales de los 100 pesos que desde la misma ciudad le había remitido Juan Sánchez Valverde, su marido (22).

En 1638 los ataques del ejército francés a los dominios españoles de Flandes, Piamonte y Rosellón, obligaron a la Corona al reclutamiento y movilización de gran cantidad de tropa y, lógicamente, a conseguir los recursos necesarios para mantener los tercios. Como en ocasiones anteriores se apropiará de nuevo de parte de la plata privada que llegaba a Sevilla en los tornaviajes de los galeones de Indias, pero esta vez la cantidad total fue de 500.000 ducados a razón del 16% sobre las remesas registradas. Por los documentos conservados sabemos que esta contribución especial -«la parte de Su Majestad fue servido de tomar para sus necesidades»- afectó en 230 reales a los 180 pesos que Baltasar Moreno

envió desde Lima a su hermana Catalina Sánchez (23); en 320 reales a los 250 pesos que el presbítero don Miguel Gutiérrez mandaba a sus hermanas Juana, Catalina y María, vecinas de Cáceres (24), y en otros 320 reales a la misma cantidad que Francisco Fernández del Basto, residente en Oruro, remitió a Antonio Hernández y Elvira del Basto, sus padres, vecinos del lugar de Valverde de Leganés (25). Con posterioridad a la fecha de estos tres últimos documentos no hemos hallado ningún testimonio que certifique este tipo de carga (26), extremo que no nos extraña dado que a partir de 1640 decae la actividad bélica de la Guerra de los Treinta Años, y en consecuencia el gasto que llevaba aparejado el mantener milicias en pie de guerra, y que también desde dicho año, y esta tal vez sea la causa principal, se produce una apreciable minoración en la entrada legal de metales preciosos en España, por lo que las cantidades recaudadas con este procedimiento hubieran sido poco significativas: sólo en las partidas contabilizadas para confeccionar este trabajo la diferencia entre los totales que arrojan los períodos 1601-1640 y 1641-1700 supone una reducción de 182.086 reales de plata, con la precisión adicional de que en el último quinquenio del siglo no tenemos constancia de ningún asiento.

La gabela encubierta del préstamo a la Corona aunque nunca fue bendecida por los «leales súbditos de su Católica Majestad», si al menos fue aceptada con resignación por la posibilidad de recuperar el desvío en moneda de cobre -«Y por haberse valido Su Majestad de la plata que vino de las Indias, y pagándola en vellón con el premio a veinte y cinco por ciento» (27)- o en juros de escasa rentabilidad y difícil venta. Pero lo que jamás aprobaron fueron las mermas en la ley o en el peso del oro y de la plata que les hacían los mercaderes sevillanos reensayando las partidas de metales nobles que entraban en su poder (28) -robo descarado y punible que creemos que nunca fue castigado-. De este hecho delictivo también tenemos pruebas documentales. En 1631 Pedro Pérez Landero, secretario de la visita que se cursó a la Real Audiencia del Perú, envía a su madre un barretón de oro de Carabaya (29) cuya ley, peso y valor eran, según fe pública de Miguel de Rojas, contraste oficial del Consistorio de Lima, los siguientes: 23,5 quilates, 3.860 gramos (30) y 2.816 reales. Pues bien, Pedro Negrillo, el platero que lo recibió en Sevilla, sólo pagó por él 2.408 reales alegando ser su precio verdadero «por haber

tenido quiebra» (31). Este pillaje lo reconocía como habitual el Consejo de Indias cuando el 27 de julio de 1649 informaba al Monarca de «las faltas de ley que fingen los compradores de plata de Sevilla, para quitar a sus dueños parte de su valor intrínseco, haciéndose ricos sin caudal ni riesgo alguno a costa de V.M. y de sus pobres vasallos, a quien la necesidad de valerse de su dinero los obliga a tomarlo con las mermas y faltas que el comprador de plata les dice han tenido (32)».

Hacer un estudio pormenorizado de los bienes introducidos en Badajoz usando del contrabando o de otros procedimientos fraudulentos es, como resulta evidente, tarea imposible de realizar, pero si nos es dable denunciar dos casos aislados de los que existen pruebas documentales que revelan las superchería.

En 1617 Juan de Fonseca, residente en Cartagena de Indias, envía 500 pesos a Manuel Juárez, su tío, con el piloto Marcos de la Cruz, dinero que es confiscado en Sevilla por venir sin registrar. Años más tarde el destinatario reclama los 1.334 reales que les restituyó la Casa de Contratación, cantidad resultante de la penalización de los dos tercios de la suma remitida (33).

Un procedimiento más seguro de evadir cargas fiscales consistía en prestar dinero en América a personas residentes en Indias y reembolsarse el prestatario en España el nominal sobre los bienes que el deudor poseía en la Península. Este sistema es el que utilizó con fortuna el presbítero don Diego Sánchez Doblado al entregar en Oruro 26.400 reales a los hermanos don Lorenzo de Ulloa y Solís y don Francisco de Solís y Ulloa, y recuperarlos de las rentas del mayorazgo que el primero gozaba en Cáceres (34).

Diferentes motivaciones, pues en el caso que ahora nos ocupa no está presente el ánimo de perjudicar a la Real Hacienda pero sí el intento de simulación dolosa, son las que impulsaron al licenciado don Juan Rodríguez de Mora a ocultar la repatriación de sus bienes cuando, a principios del siglo XVII, regresa a Badajoz después de haber servido el empleo de oidor en la Real Audiencia de Las Charcas. Como el caudal que amasó en su corta estancia en América era muy cuantioso (35), y como eran también muy severas las disposiciones del Consejo de Indias que regulaban el comportamiento y moralidad pública de los altos cargos de los tribunales de justicia, le hubiera resultado difícil justificar la

honesto procedencia de tan considerable fondo en la investigación reglamentaria de su "*juicio de residencia*", y evitar, por consiguiente, los pronunciamientos desfavorables que por este motivo hubieran empañado su ejecutoria profesional. Para soslayar esos inconvenientes depositó fraccionada su fortuna en diferentes testafierros con el cargo de que la introdujeran "*lícitamente*" en España (36). Desenmascarada la treta de blanqueo y manifiesto el engaño, es denunciado por el fiscal de la Casa de Contratación por «haber traído de las Indias gran cantidad de oro y plata, perlas y otras cosas [...] registradas en cabeza de otras personas». El importe de lo detectado, y presumimos que no afloró la totalidad de la cantidad ocultada, debió de ser tan alto que en 1604, muerto don Juan, su viuda otorga carta de fianza de 20.000 ducados -220.000 reales- como garantía de la penalización y otras costas que pudieran derivarse del fallo de la causa que sobre este asunto se seguía en la Audiencia de la Casa de Contratación de Sevilla (37).

Hemos detallado el importe de la plata que entró en Badajoz en el siglo XVII por la repatriación de fortunas, mandas de herencias, donaciones, etc., y algunas de las trampas que utilizaron nuestros indianos para eludir impuestos o para disfrazar su patrimonio. Vamos a ver ahora la procedencia del pago de mercancías exportadas de América. Se dice que aproximadamente el 76,5% de los metales nobles que entraron en España durante dicho siglo pertenecía a particulares y el resto a la Corona; y también que del de propiedad privada apenas era significativa la cantidad correspondiente al costo de los efectos despachados a las Indias. Esta hipótesis, elaborada por los americanistas a partir de numerosos estudios sobre los asientos oficiales (38), es plenamente corroborable por los datos objetivos que nos proporcionan los documentos que hemos investigado: de las cuatrocientas veinte escrituras que nos dan noticias referidas a América, tan sólo cuatro mencionan este tipo de actividad, y de ellas sólo dos -y ambas concernientes al mismo mercader- precisan inversiones y reembolsos comerciales. El 5 de septiembre de 1606 Gaspar Fernández Penso, vecino de Badajoz, da poder a su cuñado Pedro Fernández de Melo, para «demandar y tomar cuenta a Antonio López Suárez [...] de los diez y siete mil cruzados, poco más o menos, de empleo que le envió a las Indias del Brasil, donde fueron los dichos empleos y mercaderías»

(39), y un años más tarde, el 19 de Agosto de 1607, le reclama el pago «de más de diez y ocho mil ducados que yo le envié de mercadería de empeño desde la dicha ciudad de Lisboa a la Bahía de Todos los Santos, islas del Brasil» (40). Es muy posible que ambos apuntes, por las cantidades demandadas, se refieran a la misma partida contable, si esto fuera así los aproximados 198.000 reales que reclama supondrían el 16,2% de la cantidad documentada del dinero que entró en Badajoz en ese siglo, relación porcentual baja que nos obliga a suponer que las operaciones comerciales lícitas de los vecinos de Badajoz con las Indias eran apenas inexistentes (41).

Los otros dos documentos son poderes generales que otorgaron el 22 de Diciembre de 1609 Manuel Juárez y Alonso López Alcón a sus corresponsales en Cartagena de Indias para que «puedan recibir a su poder todos y cualesquiera bienes y mercaderías que de estos reinos le enviamos por nuestra cuenta a aquellas partes de las Indias, y sacarlos de poder de cualesquiera personas que las llevaren a su cargo, y darles carta de pago de la entrega y pagar los derechos que de ellas se debieren (42). Y habiéndose entregado de ellas en esta manera, puedan vender los dichos bienes y mercaderías a cualesquiera personas [...] Otrosi le damos el dicho poder para que puedan enviar a estos reinos de España cualesquier mercaderías, oro, plata o dineros, registrados por nos y a nuestro riesgo, y pagar los derechos que de ello se debieren» (43). Dada la característica de ambos documentos -poderes generales- y el espíritu de su contenido, es muy posible que las relaciones comerciales entre estos dos proveedores y sus consignatarios fueran de tráfico habitual, pero si atendemos a la profesión de los suministradores -Manuel Juárez, escribano, y Alonso López, ganadero- y a que los factores eran familiares suyos, no sería aventurado pensar que sus actividades mercantiles fueron oportunistas y sus inversiones de escasa consideración, de menguado riesgo y de moderadas ganancias. Tal vez los 500 pesos decomisados en 1617 al piloto Marcos de la Cruz, noticia ya comentada, fueran dividendos de ese comercio, pues Juan de Fonseca, el remitente del dinero, era el apoderado principal que ambos tenían en Cartagena. Si estas dos informaciones estuvieran conexionadas, cosa muy probable, llegaríamos a la conclusión de que el tráfico se extendió al menos hasta 1618 (44), año en que falleció Juan de Fonseca, y al resultado de que esos 4.000

reales del descamino apenas alterarían en tres décimas dicho 16,2% que hemos señalado para las exportaciones que se hicieron desde Lisboa. Si bien es cierto que por la exigüedad de datos que poseemos lo anterior, aunque fundamentado, pudiera considerarse una apreciación global arriesgada, parcial e incompleta, se ajusta sin embargo a la hipótesis que hemos expuesto antes.

Relacionado con la actividad mercantil, pero sin poder considerarse comercio sino pura y llana especulación, son los reintegros en especie que ahora reseñamos enmarcados en su contexto histórico. Durante todo el siglo XVII la demanda de bienes perecederos por parte de la población criolla era insaciable, esto hizo que los productos manufacturados europeos llegaran a cotizarse en los mercados americanos hasta con una plusvalía del 300%. Para satisfacer con provecho tal demanda los navíos zarpaban de España sobrelastrados y con la mayoría de sus fletes ocultos al arbitrio de almojarifazgo (45). En este saneado negocio, no muy legal pero de pingües beneficios, estaban involucrados desde los cargadores nacionales y extranjeros hasta los generales y demás tripulantes de las flotas, incluida la gente de guerra del Tercio que protegía los convoyes. Con estos antecedentes se explica, pues, que Tristán de Morales pretendiera aprovechar la ocasión, y ordenara desde Lima a su hermano Gabriel que vendiera los bienes que le correspondían de sus legítimas, «y todos los maravedíes que de ello procedieres [...] los envíe y remita por mi cuenta y riesgo a la ciudad de Sevilla, a Bartolomé de Bilbao, para que los emplee en mercaderías y me las envíe a esta ciudad» (46); y que don Cristóbal de Lachica y Solórzano, teniente de caballos corazas del Real Ejército de Extremadura, pidiera a sus albaceas que los 130 doblones de oro de a dos escudos -2.600 reales de plata- que tenía en su poder «los empleen en mecaderías u otras cosas, y lo remitan a la ciudad de Lima, en el Perú, y se entreguen a María Alonso de Lahaba Murillo, vecina de dicha ciudad de Lima, de quien dicho otorgante tiene dos hijos [...]. Los cuales dichos ciento y treinta doblones dicho otorgante le manda en cuenta de mayor suma que dicho otorgante le está debiendo a la susodicha (47), ¿Por qué no sugiere la amortización con transferencia de moneda? Está claro que el militar, conocedor de las costumbres limeñas, no quiso privar a su amante de las ganancias del valor añadido.

Pero no sólo se limitaban los indios extremeños a enviar a sus

deudos metales nobles en barras o amonedados, sino que también, aunque con no muchas referencias, tenemos constancia de la remisión de piezas suntuarias, joyas y mercancías fácilmente convertibles en dinero en efectivo. En orfebrería religiosa destacamos la «lámpara de plata grande, blanca, labrada [...] de doce marcos bien pesados» (48) que en 1614 envió Tristán de Morales desde Lima al convento de Santa Ana de Badajoz, cenobio en el que residía como monja profesora su hermana doña Inés (49), y el servicio de altar compuesto de «cáliz, patena, salvilla y vinajeras, todo de plata y de peso de siete marcos y cuatro onzas» (50) que doña Ana Gómez de Alba, muerta en Panamá, ordenó a sus albaceas que entregaron de limosna al monasterio de Ntra Sra de la Mercedes (51).

En joyería de adorno personal aparece documentada y descrita «una cadena de oro que pesa quince pesos de oro» (52) que regaló Martín Fernández, vecino de Panamá, a su hermana Beatriz López Tristán (53); «una sarta de seis hilos de perlas que pesa seis onzas y media y una adarme (54), con el cordón en que están, que es de seda colorada y plata; y un papagayo de oro con tres perlas redondas gruesas y siete esmeraldas, y una rosa de oro con otra esmeralda grande» que había recibido doña Emerencia de Aldana de su marido don Juan de Avila Holgado, ausente en Indias (55), y las «seis sortijas de oro y esmeraldas y otras alhajas» que Juan Galindo remitió a su madre desde Santa Fe de Bogotá (56). Y por último, sin especificar las piezas y bajo la denominación genérica de «joyas de oro y plata», sabemos del envío que hizo don Diego de Trejo, deán de la catedral de Sucre, a su hermano el capitán don Juan Pedrero de Trejo, y que fueron tasadas en seiscientos ducados en un pleito por demora de entrega (57).

De tejidos ricos hay un solo testimonio: las cuatro piezas de damasco de la China que don Fernando de Argüello Carvajal mandó desde Méjico a su mujer doña Beatriz Clara de Aldana (58). El que se especificara la fábrica de la tela de seda no es un detalle baladí e irrelevante, por lo que merece un pequeño comentario esta precisión de origen. Nueva España era durante el siglo XVII el único territorio de la América Hispana que tenía en producción más de cuarenta obrages de seda por ser el único virreinato autorizado para el cultivo y explotación de la morera (59). Esta circunstancia incidía negativamente en la producción de los telares de la Península al menoscabar alarmantemente la exportación de sus labores

(60). Aunque los talleres mejicanos estaban especializados en la manufactura del terciopelo, tejido que por su alta calidad llegó a gozar de mucha aceptación en toda Hispanoamérica, se fabricaron también, si bien en menor cantidad, otros paños, y entre ellos el damasco con técnica toledana, sin poder igualar la textura fina y delicada del procedente de China. El damasco sínico era, por otra parte, el más apreciado y cotizado en el mercado europeo, a donde llegaba por la ruta de la seda turco-veneciana o portuguesa hasta que en 1570, tras autorizarse la vía del Pacífico entre Acapulco y Manila, se abrió el camino de Nueva España, territorio muy abastecido de los géneros orientales que transportaba el galeón de Filipinas, y que, a partir de entonces, fue plataforma segura para su reexportación, tanto legal como de contrabando, a España y a otros países europeos (61). Tras estas apuntaciones no nos sorprende que doña Beatriz fuera redundante -cuatro citas- en precisar la marca del tejido en el poder que otorgó para retirarlo en Sevilla.

Completamos la información de este apartado con las referencias de dos curiosos transportes: el primero, los cuatro envases de cacao molido, exquisita delicadeza y suculento regalo, que Martín Fernández envió desde Panamá a su hermana Beatriz López Tristán en 1648 (62); y el segundo, el caprichoso contenido del cajón que en 1674 remitió fray Jerónimo de Valdeiglesias a don Francisco de Lara, obispo de Badajoz: «una docena de rosarios, y entre ellos dos guarnecidos de plata; media docena de paños, un rosario con otra media docena [de rosarios] de lináloe y dos papeleras de lináloe con unas tijeras y con una cuchilla; media docena de corazoncillos de reumas; media arroba de chocolate con su cajón, y docena y media de barros de Guadalajara y unos loquitos» (63).

De índole más utilitaria y mercantilista son los dos cajones de añil que Francisco Tello, residente en Guatemala, envió a los "cargadores" Juan de Sevilla y Fernando de Palma, para que entregaran los 1.200 reales de su importe a Pedro de Valdivia, vecino de Burguillos del Cerro (64); los 554 cueros de vacuno que en 1632 mandó don Juan de Vera y Cevallos, alguacil mayor del Tribunal de la Inquisición de Méjico, para que con el provecho de su venta se incrementara la dote de sus hijas al tomar hábitos en el Convento de Santa Catalina de Badajoz (65); «el cajón encerado [...] con lo que dentro trae» que Juan de Valera dirigió

en 1659 a don Pedro de la Rocha, capitán de caballos corazas del Real Ejército de Extremadura (65); y los cuatro cajones que en 1687 despachó desde Nueva España el capitán Pedro Ruiz de Castañeda al teniente general don Pedro Ardila Guerrero «para vender su contenido» (67).

Interesante por lo que supone de concepción precapitalista en la captación de activo financiero, es la gestión que realiza en 1680 el pacense don Pedro Ardila Guerrero por orden de don Fernando Rubiales y Valdés, vecino de Méjico, para suscribir en la Península imposiciones particulares que se reembolsarían «a las personas que las dieran y prestaren en la ciudad de Méjico o de Veracruz, en la Nueva España» (68). El documento no especifica el interés líquido que beneficiaba la inversión, pero lo que no cabe duda es que lo que se ofrecía al mercado eran obligaciones, y que este tipo de asociación mercantil sin relación directa entre depositantes y gestor empresarial es un claro precedente de las actuales sociedades anónimas.

Hemos pretendido con estas breves notas colaborar en la efemérides del Quinto Centenario del Descubrimiento de América o Encuentro entre Dos Mundos, como el lector prefiera, gesta insigne de civilización y cultura que ahora empieza a valorarse en sus grandezas y en sus miserias con la imparcialidad de la distancia en el tiempo, y la objetividad metodológica de las Ciencias Sociales. Espero que así se entiendan.

Badajoz, Septiembre de 1991

Fernando Marcos Alvarez

NOTAS

1. Se manifiestan en 137 escrituras distintas de las 420 que hemos localizado con referencia americanas.
2. Las anualidades protocoladas en la centuria son 449. La cantidad indicada corresponde a volúmenes encuadernados, conteniendo algunos de ellos hasta seis años consecutivos.
3. El impuesto de avería era un canon recaudatorio que gravaba todas las mercancías y caudales que procedían de América, excepto la limosna de la Santa Cruzada y algunas donaciones pías. Con la cantidad obtenida se sufragaba la protección armada de los galeones que hacían la Carrera de Indias. A principios del siglo XVII se aplicaba el 1% del valor registrado, pero con los años fue en alza llegando a pagarse en ocasiones hasta el 31,5% del bruto declarado. En 1660 la avería fue sustituida por el indulto, cantidad fija de 790.000 ducados que recaudaban los mercaderes de Perú, Nueva España, Nueva Granada, Cartagena de Indias y el Consulado de Sevilla. El porcentaje medio estimado de ambos tipo de impuesto durante todo el siglo XVII se calcula en torno al 6%.
4. Se ha obtenido "*porcentuando*" el numerario íntegro de esos 16 registros - 81.376 reales-, y los 4.934 reales que se le restaron por gastos.
5. Prot.32,f.477vto.
6. Prot.1.156,f.242vto.
7. Prot.1.156,f.37
8. Prot.204,f.44
9. Para las transacciones mercantiles internas utilizaban los americanos el oro en barretones, pedazos y tejos, pero sobre todo en polvo, lo que daba lugar a frecuentísimas adulteraciones de su pureza. En moneda circuló el peso castellano de 22 quilates con valor de 556 maravedíes de plata y el peso tepuzque, de ley más baja y con valor de 272 maravedíes de plata.
10. 1601-1610: 39 escrituras; 1611-1620: 67 escrituras; 1621-1630: 93 escrituras; 1631-1640: 93 escrituras.
11. Archivo Municipal de Badajoz, Libro de Acuerdos nº3,fs.116, 167 y 185.
12. Archivo Municipal de Badajoz, Libro de Acuerdos nº4,fs.336vto.y ss.
13. Archivo Municipal de Badajoz, Libro de Acuerdos nº4,fs.266vto. y ss.
14. Archivo Municipal de Badajoz, Libro de Acuerdos nº4,fs.366 y ss.
15. Archivo Histórico Provincial de Badajoz,prot.292,f.33.
16. Archivo Municipal de Badajoz, Libro de Acuerdos nº6,fs.1 y ss;49 y ss.
17. Se guarda en el Archivo de Simancas bajo el título de Relación de vecindad que tiene la ciudad de Badajoz, villas y lugares de su partido, así realengas y eximidas, como de señorío y abadengo. Los libros de Acuerdos del Archivo Municipal de Badajoz contienen otras referencias poblacionales datadas durante los

años de la Guerra de Secesión de Portugal (1648, 800 vecinos; 1653 y 1658, 1.000 vecinos, y 1660, 500 vecinos) que no podemos considerar datos fiables, ya que con ellos se pretendía evitar la carga de alojamiento de tropas y obtener de la Corona exenciones fiscales.

18. Este coeficiente estimativo es el que utiliza Fernando Cortés Cortés en su tesis doctoral *La ciudad de Badajoz en los siglos XVI y XVII. Demografía y sociedad* (Cáceres, Facultad de Letras, 1984). Lo creemos muy acertado ya que compensa no solamente las fluctuaciones de miembros en las familias, sino también asume los profesos de las distintas religiones que tenían los conventos de la ciudad.

19. A más de los cuantiosos gastos que suponía en mantenimiento de la política europea de los Austrias y el fausto de la corte, no debemos olvidar que el período comprendido entre 1629 y 1680 está marcado en toda Europa por una profunda depresión económica.

20. Prot.104,f.137. El 2 de Junio de 1622 reclamó la devolución del préstamo.

21. Port.256,fs.102 y 156. Reclamó su devolución el 19 de Marzo de 1630 y el 5 de Junio de 1630.

22. Prot.256,f.104. Los reclamó el 19 de Marzo de 1630.

23. Prot.258,s.f.(5-II-1638).

24. Prot.259,s.f.(6-III-1638).

25. Prot.210,f.19vto.

26. Las cantidades embargadas por este procedimiento, expresadas en ducados y años, son: 1620, 850.000; 1624, 1.000.000; 1629, 1.000.000; 1630, 500.000; 1632, 500.000; 1637, 570.000; 1638, 500.000.

27. Prot.290,f.241.

28. Así se manifestaba María Pérez Landero en 1633: «Y se declara que aunque no recibe más de tan solamente los dos mil cuatrocientos y ocho reales, no se ha visto perjudicarle a cobrar los cuatrocientos y ocho reales restantes, que era el verdadero valor del dicho barretillo, por si en algún tiempo los pudiere cobrar». Prot.219,f.96.

29. Aunque con una producción bastante baja, las minas de Carabaya fueron durante el siglo XVII uno de los principales complejos auríferos del Perú.

30. Correspondencia en sistema decimal de los ciento treinta y dos pesos y cuatro tomines que señala el documento.

31. Prots.298,f.228;212,s.f.(5-XII-1632);219,f.96.

32. Cita tomada de Fernando Serrano Mangas (*Armadas y Flotas de la Plata, 1620-1648*. Madrid, 1989, pg.332).

33. Prots.204,f.44.

34. Prots.209,f.260;1.713,f.283 vto.;1.459,f.62.

35. Partió hacia Sucre en 1582.

36. Los altos dignatarios civiles y militares utilizaban con frecuencia este subterfugio cuando regresaban a España. El correo o "*metedor*" venía cobrando por su gestión entre el dos y el cinco por ciento de la cantidad que se le confiaba.

37. Prot.64,s.f.(10-VII-1604).
38. Por las noticias contenidas en los memoriales que se elevaron al Consejo de Indias sabemos que el tráfico ilegal de mercancías era impresionante por su volumen y por su cuantía. El pago de los bienes exportados sin registrar se satisfacía normalmente en piñas de plata. La picaresca para evadir los controles de la Real Hacienda era utilizada con asiduidad y de forma descarada por todas las clases sociales.
39. Prot.175,f.261.
40. Prot.176,f.311.
41. De las ilegales, y seguro que las hubo, no tenemos noticias.
42. Del 7,5% al 10% por el almojarifazgo en Indias.
43. Prot.46,fs.524 y 525.
44. Testó en Cartagena de Indias el 8 de Septiembre de 1618.
45. El almojarifazgo era un impuesto "*ad valorem*" cuyos ingresos se empleaban para financiar los gastos administrativos del tráfico indiano. Gravaba las mercancías con el 5% a la salida de España y aproximadamente con el 10% a la entrada de Indias. A este 15% había que añadirle el 10% único de alcabalas.
46. Prot.1.781,s.f.(28-XII-1605).
47. Prot.229,f.279.
48. 2760 gramos.
49. Prot.180,f.154.
50. 1.725 gramos.
51. Prot.319,f.8.
52. 412 gramos.
53. Prot.1.644,f.174.
54. 187 gramos.
55. Prot.268,f.204 vto. No consta el envío de estas alhajas, pero sí su recuperación de doña Leonor de Silva, en quien estaban empeñadas como garantía de un préstamo de mil reales. Dada su factura no cabe dudar de su origen americano.
56. Prot.357,f.33.
57. Prot.262,f.203.
58. Prot.209,fs.65 y 67.
59. La autorización para el cultivo industrial de la morera está fechada en 1565 y confirmada en 1569.
60. Tal vez por ello intentó Felipe II a finales del siglo XVI clausurar los obrajes de seda mejicana. No tuvo éxito su empeño por la falta de atención que prestaron los virreyes a sus recomendaciones. A este motivo debemos añadir el importantísimo e ilegal comercio de telas que hacían con América los asentadores extranjeros, bien directamente, bien sirviéndose de los galeones españoles. Por esta competencia desleal a partir de 1650 la crisis en los gremios de tejedores fue profundísima.

61. La Corona procuró controlar sin éxito este tipo de comercio por el drenaje monetario que ocasionaba. En el siglo XVII el peso fuerte, por su buena ley de plata, era moneda de libre cambio en los mercados chinos, filipinos e hindúes.

62. Prot.301,s.f.(25-VII-1648). Casi la totalidad del cacao que se consumía en América y el que se traía a España procedía de las plantaciones venezolanas. El chocolate en aquellos tiempos era de confección doméstica y se tomaba en forma de bebida.

63. Prot.334,f.819. Los "*corazoncillo de reumas*" eran pequeños amuletos de color rojo, tallados en su mayoría en piedras semipreciosas, que se utilizaban para prevenirse de dicho mal; los "*barros de Guadalajara*" eran búcaros de cerámica fabricados en dicha ciudad de Jalisco, y los "*loquitos*" eran ponchos o capotes cortos que vestían los nativos americanos para protegerse del frío y de la lluvia.

64. Prot.247,f.253. Entre los productos tintoreros de mayor demanda por los telares de la época se encontraba el añil y la grana. Casi todo el índigo que se comercializaba en Europa procedía de Centroamérica, y la grana o cochinilla de Méjico.

65. Prot.209,f.55. Como el precio medio de venta de esta corambre era por entonces de cuatro ducados unidad, la cantidad obtenida pudiera haber sido de unos 24.375 reales. La abundancia de ganado vacuno en las estancias americanas hace que la exportación de sus pieles a Europa se tuviera como un negocio rentable. Los cueros más apreciados fueron los procedentes de Venezuela, Méjico, Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo. Sabemos que la flota que arribó a Sevilla en 1587 transportaba más de 100.000 unidades.

66. Prot.230,f.225.

67. Prot.343,f.27.

68. Prot.241,s.f.(12-I-1680).